

Jesucristo bajo las denominaciones divinas en San Ignacio

Si nos preguntamos en cuál de las personas divinas piensa San Ignacio al escribir tantas veces la expresión: «Nuestro Criador y Señor», quizá nos sintamos inclinados a responder que piensa el santo o en Dios sin distinción expresa de personas o en la persona del Padre, a quien el símbolo de la fe cristiana atribuye la creación: «Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra». La misma pregunta podemos hacer respecto a otras denominaciones divinas, cuales son: «Bondad divina», «Su divina Majestad», «A mayor gloria de Dios», «Providencia divina», «Servicio de Dios» y otras parecidas.

En las páginas siguientes tratamos de presentar textos ignacianos, tomados de sus diversos escritos, que prueban cómo bajo ésta y otras denominaciones estrictamente divinas San Ignacio se estaba refiriendo frecuentemente, o por lo menos algunas veces, a Jesucristo, es decir, al Verbo encarnado. Es un caso muy notable de la llamada en teología comunicación de idiomas, pero a la vez este modo de hablar y de pensar del santo nos introduce en las intimidades de su espiritualidad, la cual aparece desde un nuevo punto de vista como excepcional y —perdónese el calificativo— increíblemente cristocéntrica¹.

Comenzando por el título de *Criador y Señor* encontramos ya en el primer ejercicio de la primera semana de los *Ejercicios* que se ha de ponderar «la gravedad y malicia del pecado contra su Criador y Señor»², y sólo unas líneas más adelante presenta San Ignacio a

¹ Sobre el aspecto cristocéntrico de la espiritualidad ignaciana y los diversos puntos hasta ahora estudiados, hemos publicado un breve resumen en «Gregorianum» n. 3 que ofrece este año jubilar a San Ignacio la Universidad Gregoriana, como introducción a nuestro artículo: *El carácter de «posición» en el seguimiento de Cristo*.

² *Ejercicios* 52: MHSI [*Monumenta Historica Societatis Iesu*. Comenzada la publicación en Madrid el año 1903 y continuada hasta nuestros días en Roma, abarca cuatro series por lo que se refiere a los temas llamados

«Cristo nuestro Señor... cómo de *Criador* es venido a hacerse hombre»³.

El documento autógrafo de deliberación sobre la pobreza, la primera razón que aduce para no tener renta alguna es: «... viendo al Hijo de la Virgen, nuestro Criador y Señor, tanto pobre...»⁴. Encarece el *Examen* la pobreza, diciendo: «por desear parecer y imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea»⁵.

Entre las preguntas que se han de hacer al que pretende entrar en la Compañía, pone ésta San Ignacio: «Si tiene determinación de liberada de vivir y morir in Domino con esta y en esta Compañía de Jesús nuestro Criador y Señor»⁶. Una de las razones de la pobreza total es: «... tomamos por cabeza al mismo Jesús nuestro Criador y Señor para ir debajo de su bandera»⁷. En carta a Teresa Rajadell dice: «Sólo os pido por el amor de Jesús Cristo, cabeza de ella [nuestra Compañía], aunque común Señor y Dios de todo lo creado, que mucho nos encomendéis»⁸. El capítulo 5 de la sexta parte de las *Constituciones* termina así: «... el amor y deseo... de que mayor gloria y alabanza de Cristo nuestro Criador y Señor se siga»⁹.

Otro grupo de textos lo forman aquellos que asocian el título de Criador a la redención, la cual sin duda es propia de Cristo. En las notas de la cuarta semana de los Ejercicios recomienda San Ignacio buscar «temporales cómodos» con el fin de llegar a «se gozar en su Criador y Redentor»¹⁰. Uno de los frutos de servir en hospitales los novicios ha de ser el de humillarse y mostrar «que de todo el século... se parten, para servir en todo a su Criador y Señor crucificado por ellos»¹¹.

Se refiere el santo al modo de ayudar a aquel de la Compañía que está para morir, y dice: «... debe ser ayudado con oraciones... hasta que haya dado el ánima a su Criador... encomendándole a Dios nuestro Señor, hasta que reciba su ánima apartada del cuerpo el que la

Monumenta Ignatiana. La serie primera comprende las cartas del santo, la segunda los ejercicios, la tercera las constituciones, y la cuarta las fuentes narrativas contemporáneas de San Ignacio que hablan sobre él. El texto crítico de los ejercicios está publicado en Madrid el año 1919] 282.

³ Ejercicios 53: MHSI 282.

⁴ MHSI, *Const.* 1, 79; I. IPARRAGUIRRE, S. I., *Obras Completas de San Ignacio de Loyola*. Edición manual. B. A. C. (Madrid 1952) 270.

⁵ *Examen* c. 4 n. 44: MHSI, *Const.* 2, 86s; IPARRAGUIRRE 391s.

⁶ *Examen* c. 3 n. 14: MHSI, *Const.* 2, 38s; IPARRAGUIRRE 379.

⁷ *Deliberación sobre la pobreza* 13: MHSI, *Const.* 1, 80; IPARRAGUIRRE, 271.

⁸ MHSI, *Ep.* 1, 628; IPARRAGUIRRE 747s.

⁹ MHSI, *Const.* 2, 558; IPARRAGUIRRE 505.

¹⁰ *Ejercicios* 229: MHSI 424. 426.

¹¹ *Examen* c. 4 n. 11: MHSI, *Const.* 2, 54s; IPARRAGUIRRE 383s.

redimió con tan caro precio de su sangre y vida»¹². Entre las principales virtudes ha de estar: «el celo sincero de las ánimas por la gloria del que las crió y redimió»¹³.

Recuerda San Ignacio en carta al P. Simón Rodríguez los títulos por los que la Compañía estaba tan obligada al rey de Portugal, Juan III, y el primero de ellos es: «por las muchas gracias espirituales que Dios nuestro Criador y Señor le ha querido comunicar [al rey], queriéndole en todo alzar a su mayor servicio y alabanza por la su acostumbrada gracia, mirando con infinito amor como Criador a su creatura, pues que siendo infinito y haciéndose finito, quiso morir por ella»¹⁴.

Una carta a la viuda de Juan Boquet para consolarla del fallecimiento de éste, tiene la expresión: «por la misericordia del que le crió y redimió con su sangre»¹⁵. Otra carta de pésame a doña Violante Casali por la muerte de su hijo Camilo da como motivo de consuelo que «Aquel que es verdadera salud y vida nuestra» ha llevado pronto al finado a aquella vida perpetua, «para la cual nos ha creado y reparado con el precio de su sangre»¹⁶.

Al obispo portugués Manuel Sanches animaba San Ignacio al amor de Dios, y le escribía: «que mucho nos lo tiene merecido quien [a] todos nos crió, [a] todos nos redimió, dándose a sí todo»¹⁷. Recomendaba al P. Paeybroeck las mejores relaciones con el obispo de Lieja, «para que con la bendición de tal padre crezcáis en número y virtud para alabanza de quien nos crió y redimió Jesucristo, que es bendito sobre todas las cosas por los siglos»¹⁸. En carta al Arceobispo de Barcelona Jaime Cassador, tratando de la benigna ayuda y providencia del Señor, dice: «Porque siempre debemos presumir que el Señor del mundo todo lo que obra... Su divina bondad lo quiera ordenar, y no permita que el enemigo de natura humana tanta victoria reciba contra aquellas que con la su preciosísima sangre las ha tan caramente comprado, y en todo rescatado»¹⁹.

La misma unión entre Criador y Redentor aparece bajo forma algo diferente en una carta a Sor Teresa Rajadell, a la que expone San Ignacio los engaños del demonio al representarnos lo duro del servicio de Dios, «no nos dando a entender los solaces y consolaciones tantas» que el Señor da a quienes generosamente rompen con

¹² *Constituciones* p. 6 c. 4 n. 2; MHSI 2, 554; IPARRAGUIRRE 504.

¹³ *Constituciones* p. 10, 2.º: MHSI 2, 714; IPARRAGUIRRE 557.

¹⁴ MHSI, *Ep.* 1, 192s; IPARRAGUIRRE 681s.

¹⁵ MHSI, *Ep.* 7, 410; IPARRAGUIRRE 887.

¹⁶ MHSI, *Ep.* 8, 183; IPARRAGUIRRE 893.

¹⁷ MHSI, *Ep.* 1, 514; IPARRAGUIRRE 731.

¹⁸ MHSI, *Ep.* 1, 661; IPARRAGUIRRE 749.

¹⁹ MHSI, *Ep.* 1, 98s; IPARRAGUIRRE 658.

todo, «eligiendo querer padecer con su Criador y Señor»²⁰; los padecimientos sólo pueden ser *con Cristo paciente*.

Otro modo de expresar a Jesucristo bajo el título de Criador y Señor es unir éste al de Juez. A Juan III de Portugal hace esta protestación: «Es verdad que el Señor que me crió y ha de juzgar para siempre me es testigo»²¹. Casi las mismas frases se repiten al comienzo del documento que San Ignacio presentó el 30 de enero de 1551 a los de la Compañía que se habían reunido en Roma para tratar de las Constituciones; el santo General presentaba la renuncia de su cargo, que no fué aceptada: «... diré delante de mi Criador y Señor, que me ha de juzgar para siempre, cuanto puedo sentir y entender a mayor alabanza y gloria de la su divina Majestad»²².

Otra manera curiosa de referir la denominación que analizamos a Jesucristo es la de unirla con el Santísimo Sacramento. Exhortaba San Ignacio al entonces todavía Duque de Gandía, San Francisco de Borja, a perseverar en la frecuente comunión, y se lo decía así: «que ultra [además de] muchas y crecidas gracias que el ánima alcanza en recibir a su Criador y Señor»²³.

Un pasaje de la carta llamada ordinariamente «de la perfección», a los Padres y Hermanos de Coímbra, insiste en el amor de «Jesucristo nuestro Redentor», y va exponiendo ampliamente lo que él ha hecho por nosotros: «Sueldo suyo es todo lo natural que sois y tenéis, pues os dió y conserva el ser y vida, y todas las partes y perfecciones del ánima y del cuerpo, y bienes externos... sueldo es, finalmente, todo el universo y lo que en él es contenido, corporal y espiritual, pues no solamente ha puesto en nuestro ministerio cuanto debajo del cielo se contiene, pero toda aquella altísima corte suya, sin perdonar a ninguna de las celestes jerarquías... y por sí todos estos sueldos no bastasen, sueldo se hizo a sí mismo, dándonos por hermano en nuestra carne y por precio de nuestra salud en la cruz, y por mantenimiento y compañía de nuestra peregrinación en la Eucaristía»²⁴. No se emplea aquí el término de Criador, pero se explica su contenido, con el matiz particular de que aun la «altísima corte» con las jerarquías angélicas es «suya», es decir, de «Jesucristo nuestro Redentor».

Si de los textos explícitos pasamos a aquellos en los cuales *por el contexto* la denominación de Criador y Señor aparece aplicada a Cristo, habremos de limitar aún mucho más los ejemplos que aduzcamos para no hacernos demasiado prolijos.

²⁰ MHSI, Ep. 1, 101; IPARRAGUIRRE 660.

²¹ MHSI, Ep. 1, 297; IPARRAGUIRRE 701.

²² MHSI, Ep. 3, 303; IPARRAGUIRRE 784.

²³ MHSI, Ep. 1, 341; IPARRAGUIRRE 705.

²⁴ MHSI, Ep. 1, 501s; IPARRAGUIRRE 724.

Trata el capítulo primero del *Examen* de los diversos grados que hay en la Compañía, y expone cómo aun los que sólo «hacen tres votos simples» han de estar contentos en su puesto, «con saber que aquellos merecen más delante de nuestro Criador y Señor, que con mayor caridad ayudan y sirven a todos por amor de la su divina Majestad»²⁵. Parecería quizá que no es posible precisar el contenido de la denominación que nos interesa. Sin embargo, cuatro párrafos más adelante en este mismo capítulo nota San Ignacio, a propósito de los votos de los estudiantes después de los dos años de noviciado, que podrán hacer antes de ese tiempo sus votos privadamente, y dice: «... no se quita la libertad... que hay en ligarse con Cristo nuestro Señor, a los que quisiesen antes de ese término hacer sus votos»²⁶. Por el primer párrafo hubiéramos pensado con razón que los votos se hacían a nuestro Criador y Señor y que por eso se merecía delante de él; por este párrafo último vemos que por los votos se liga uno «con Cristo nuestro Señor».

Por lo demás, el mismo santo se ha encargado de no dejarnos dudas acerca de la equivalencia entre hacer los votos a Dios o ligarse con Dios y ligarse con Cristo. En la tercera parte de las *Constituciones* declara: «Ligarse más con Dios nuestro Señor y mostrarse liberal con El es entera y inmoviblemente dedicarse a su servicio, como hacen los que con voto se aplican a él»²⁷. En la quinta parte de las dichas *Constituciones*, refiriéndose enteramente al mismo tema, escribe: «Así como los Escolares al fin de dos años deben hacer sus votos y ligarse con Cristo nuestro Señor...»²⁸. Y lo que es aún más expresivo, después de esta frase referida tan claramente a Cristo, añade en este mismo párrafo: «... y dando una copia, tener otra de su voto, para que sepa lo que ha ofrescido a Dios nuestro Señor»²⁹.

Aún adquieren estas consideraciones mayor fuerza, si se tiene presente lo que luego indicaremos respecto a la denominación «Dios omnipotente» y los votos de la Compañía.

Quiere San Ignacio que se obedezca hasta al cocinero de la casa en lo propio de su oficio, porque «si se hace por solo nuestro Criador y Señor, el mismo Señor de todos se obedece»³⁰. Ahora bien, es cosa demasiado conocida cómo el santo con insistencia recalca la idea de que al obedecer al hombre se obedece a Cristo precisamente. Y en el párrafo siguiente al que acabamos de citar, continuando en

²⁵ MHSI, *Const.* 2, 12s; IPARRAGUIRRE 372.

²⁶ MHSI, *Const.* 2, 17; cf. 2, 16; IPARRAGUIRRE 373.

²⁷ MHSI, *Const.* 2, 362; IPARRAGUIRRE 434.

²⁸ MHSI, *Const.* 2, 516; IPARRAGUIRRE 491.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Examen* c. 4 n. 29; MHSI, *Const.* 2, 68s; IPARRAGUIRRE 387.

la misma idea, dice que el cocinero no ruegue sino que mande, pues de este modo «mostrará más que habla como Cristo a hombre, pues en su lugar le manda; y así la persona que obedece debe considerar y ponderar la voz que del cocinero... sale, como si de Cristo nuestro Señor saliese, para ser enteramente agradable a la su divina Majestad»³¹. El «Criador y Señor» que es obedecido es «Cristo nuestro Señor».

Sólo añadiremos otro texto que muestra el mismo pensamiento. Todos se han de esmerar en la obediencia «teniendo entre los ojos a Dios nuestro Criador y Señor, por quien se hace la tal obediencia», pero en el mismo párrafo, pocas líneas más abajo, dice el santo: «seamos prestos a la voz de ella [de la obediencia] como si de Cristo nuestro Señor saliese (pues en su lugar y por su amor y reverencia la hacemos)»³².

Es frecuente la expresión de: servir a su Criador y Señor. Habla de las disposiciones propias de quien entra en la Compañía, y pide prontitud aun para los «oficios bajos y humildes» por este motivo: «creyendo que en servir a ella sirve a su Criador y Señor, haciendo todas cosas por su debido amor y reverencia»³³. Pero resulta que es también normal en San Ignacio la idea de servir directamente a Cristo. Aduciremos dos ejemplos en los que además aparecen unidas las expresiones «servir a Dios» y «servir a Cristo».

Para los superiores indica San Ignacio también algo en relación con aquellos de sus súbditos que sean enviados por el Romano Pontífice a desempeñar algún cometido especial: «y el superior procurará también de ayudarle con los demás avisos que pudiere, para que más en todo se sirva Dios nuestro Señor y la Sede Apostólica»³⁴. Y poco más adelante: «Y todo esto a juicio del superior, que mirará la intención santa del Pontífice en servicio de Cristo nuestro Señor»³⁵. Propone San Ignacio que por los ministerios no se acepte nada, «porque así pueda con más libertad y más edificación de los prójimos proceder en el divino servicio»³⁶. Pero en la declaración que añade el santo escribe: «no se debe tomar cosa alguna... por lo que se les comunica por solo servicio de Cristo nuestro Señor»³⁷.

³¹ *Examen* c. 4 n. 30: MHSI, *Const.* 2, 71; cf. 2, 70; IPARRAGUIRRE 387.

³² *Constituciones* p. 6 c. 1 n. 1: MHSI, *Const.* 2, 520. 522; IPARRAGUIRRE 492s.

³³ *Examen* c. 5 n. 8: MHSI, *Const.* 2, 96s; IPARRAGUIRRE 394.

³⁴ *Constituciones* p. 7 c. 1 n. 5: MHSI, *Const.* 2, 566; IPARRAGUIRRE 508.

³⁵ *L. c.*, n. 6: MHSI 568; IPARRAGUIRRE 508s.

³⁶ *Constituciones* p. 6 c. 2 n. 7: MHSI, *Const.* 2, 536; IPARRAGUIRRE 498.

³⁷ *Ibid.*

Existen casos en los que la denominación «nuestro Criador y Señor» está referida directamente al Padre. La carta ya citada «de la perfección» nos ofrece algunos ejemplos: «... por la común obligación que tenemos todos a amar la gloria, honra y alabanza de Dios nuestro Señor y Criador, y el bien de la imagen suya redimida con la sangre y vida del Unigénito Hijo suyo»³⁸. Y algo más adelante: «Porque no solamente os llamó nuestro Criador y Señor de las tinieblas a su admirable luz, y os pasó al reino del Hijo de su amor...»³⁹.

Consuela a Juan de Vega, Virrey de Sicilia, con ocasión del fallecimiento de su esposa: «... entendí cómo Dios nuestro Criador y Señor había llevado para sí...»⁴⁰; y manteniendo este mismo sujeto «Dios nuestro Criador y Señor», prosigue algo más abajo en este párrafo: «Y pues con la muerte de Cristo nuestro Redentor y Señor deshizo la nuestra... plégale... no solamente haber hecho partícipe la Sra. Dña. Leonor del fruto de la sangre y muerte de su unigénito Hijo...»⁴¹. La carta al Negus Claudio de Etiopía comienza así, después del saludo: «El serenísimo Rey de Portugal, con el gran celo que le ha dado Dios nuestro Criador y Señor de la gloria de su santo nombre, y de la salvación de las ánimas, redemidas con el precioso sangre y vida de su unigénito Hijo»⁴².

La contraposición entre «Dios» y su «Hijo» o «Cristo» es tan inmediata, que no cabe duda de que en estos casos «Dios nuestro Criador y Señor» designa en el pensamiento de San Ignacio al Padre.

Ni falta algún pasaje donde esta denominación que venimos examinando se refiera no a una de las Personas divinas, sino a Dios en cuanto una esencia. Hemos hecho antes mención del documento que presentó San Ignacio a los Padres congregados en Roma, pidiéndoles que aceptaran su renuncia del generalato. Expuestas sus razones, concluye: «Esto todo considerado, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un solo mi Dios y mi Criador, yo depongo y renuncio...»⁴³.

En muchos textos, es quizá imposible concretar el sujeto de atribución directa del término «Criador y Señor». Pero podemos afirmar, como conclusión de lo que precede, que son muy numerosos e indudables los pasajes en los que tal expresión se refiere a Jesu-

³⁸ MHSI, Ep. 1, 496; IPARRAGUIRRE 720. En el texto adoptamos la lectura que propone la edición de Iparraguirre, quien se separa a veces de MHSI, como él mismo lo indica en la pág. 68*.

³⁹ L. c., 1, 497; IPARRAGUIRRE 721. Seguimos a Iparraguirre.

⁴⁰ MHSI, Ep. 3, 13; IPARRAGUIRRE 772.

⁴¹ *Ibid.* MHSI 3, 14.

⁴² MHSI, Ep. 8, 460; IPARRAGUIRRE 902.

⁴³ MHSI, Ep. 3, 303s; IPARRAGUIRRE 784.

cristo, y que entre los textos cuyo sentido exacto nos es dado precisar, esta aplicación a Cristo es incomparablemente la más frecuente, existiendo también algunas locuciones que dicen relación directa al Padre, o a Dios en cuanto una esencia, o, como diría el santo, en cuanto «el mismo ser o esencia divina»⁴⁴ y también «el ser divino»⁴⁵.

La denominación «Dios omnipotente» parecería la más típica para designar al Padre o a la esencia divina en cuanto principio único de todos los seres contingentes. Véase, no obstante, con qué sencillez piensa San Ignacio en Jesús.

Existe una que con propiedad ha sido llamada «página autobiográfica en el sentido más estricto de la palabra», pues el santo no dictó a un confidente lo que recordaba, como es el caso de la *Autobiografía*, «sino que él mismo escribió una relación de lo que le había sucedido en los días memorables de la elección de general y de la profesión religiosa»⁴⁶. El viernes 22 de abril, de la octava de Pascua, de 1541 emitieron su profesión solemne en la basílica de San Pablo de Roma los seis primeros compañeros, pues los restantes se hallaban ausentes. Dijo la misa San Ignacio, y «a la hora de consumir, teniendo con la una mano el cuerpo de Cristo nuestro Señor sobre la patena, y con la otra mano un papel, en el cual estaba escrito el modo de hacer su voto, y vuelto el rostro a los compañeros puestos de rodillas, dice a alta voce las palabras siguientes»⁴⁷.

El momento no puede ser más solemne. Paulo III había aprobado y confirmado la Compañía por la bula *Regimini militantis Ecclesiae* de 27 de septiembre del año 1540. Se disponen ahora los Padres presentes en Roma a hacer su profesión, conforme a la dicha bula. Tan pensado está el tenor del voto, que lo llevan escrito de antemano y cada uno lo va leyendo. San Ignacio nos ha conservado copias de las palabras todas de su voto y del voto del P. Coduri, añadiendo que los demás hicieron lo mismo. Estos votos expresan la concepción de la nueva Orden religiosa en lo que tiene una Orden de más sagrado, a saber, el acto solemne de entrega a Dios de cada uno de sus miembros.

Nos interesan ante todo las primeras palabras: «Ego, Ignatius de Loyola, promitto Omnipotenti Deo et Summo Pontifici, eius in terris Vicario, coram eius Virgine Matre et tota caelesti curia»⁴⁸. El hecho de llamar al Papa vicario de Dios Omnipotente nos sugeriría la idea de que este Dios Omnipotente era Cristo, pues la apelación más co-

⁴⁴ *Diario espiritual* 34: MHSI, *Const.* 1, 117; IPARRAGUIRRE, 309.

⁴⁵ *Diario espiritual* 11.14.17: MHSI, *Const.* 1, 130-132; IPARRAGUIRRE 319.320.321.

⁴⁶ IPARRAGUIRRE 255.

⁴⁷ *Forma de la Compañía y oblación* 10: MHSI, *Fontes narr.* 1, 20; IPARRAGUIRRE 260.

⁴⁸ *Ibid.* MHSI, *o. c.*, 20s.

riente entre los fieles y en el propio San Ignacio es designar al Papa como Vicario de Cristo⁴⁹. Pero lo que es absolutamente decisivo es que invoque por testigo el santo a la Virgen Madre de Dios Omnipotente: «*coram eius Virgine Matre*». Esta misma expresión se repite literalmente en la fórmula de Coduri, y por tanto en la de los otros compañeros, aunque en otras frases de la fórmula de Coduri ha habido cambios con respecto a la fórmula leída por San Ignacio. Y es más significativo el hecho precisamente en la fórmula de Coduri y de los demás, pues en ella no existe el inciso «*et Summo Pontifici, eius in terris Vicario*», sino que sólo dice: «*promitto omnipotenti Deo, coram eius Virgine Matre*»⁵⁰.

Ha prescrito taxativamente San Ignacio en las *Constituciones* la fórmula de los votos que han de emplear los varios miembros de la Compañía. Y en las fórmulas de los profesos de cuatro y de tres votos, y de los coadjutores formados aparece invariablemente la misma expresión: «*Omnipotenti Deo coram eius Virgine Matre*»⁵¹. La fórmula de los votos de los que después del noviciado se reciben por «*escolares aprobados*» tiene otra redacción, y va dirigida a Dios omnipotente y eterno sin precisar persona alguna. Así lo deducimos del final: «*A tua ergo immensa bonitate et clementia per Iesu Christi sanguinem peto*»⁵².

Tenemos aquí de paso un dato más por el que aparece lo que antes hemos probado, es decir, que «*Criador y Señor*» es para San Ignacio una denominación de Cristo. El documento en que tan autobiográficamente nos ha relatado el santo la profesión suya y de sus compañeros comenzaba con estas palabras: «*La forma que la Compañía tuvo en hacer su oblación y promesa a su Criador y Señor es la que se sigue*»⁵³. Pero bien claro está que la oblación que luego transcribe se hace directamente a Cristo, el Dios Omnipotente, Hijo de la Virgen Madre.

El término «*Divina Majestad*» o similares se concreta en Cristo en no pocas ocasiones. Hemos recordado antes cómo la obediencia

⁴⁹ Citamos casi al azar dos ejemplos de las cartas del santo. Una es al P. Bobadilla; en ella hay al final un largo párrafo en que se repite seis veces la expresión «*Dios nuestro Señor*», y ninguna vez se nombra a Cristo si no es en la frase «*para que seamos enviados a donde quiera que al Vicario de Cristo nuestro Señor pareciere*» (MHSI, *Ep.* 1, 280-282; IPARRAGUIRRE 699). La otra carta va dirigida a dos religiosas de Barcelona, y habla de «*la autoridad del Vicario de Cristo*» (MHSI, *Ep.* 2, 374; IPARRAGUIRRE 760).

⁵⁰ L. c. n. 11: MHSI, *Fontes narr.* 1, 21; IPARRAGUIRRE 260.

⁵¹ P. 5 c. 3 y 4: MHSI, *Const.* 2, 504.508.510; IPARRAGUIRRE 487-489.

⁵² *Constituciones* p. 5 c. 4 n. 4: MHSI, *Const.* 2, 514; IPARRAGUIRRE 490.

⁵³ MHSI, *Fontes narr.* 1, 16; IPARRAGUIRRE 257.

es presentada por San Ignacio como dirigida a Cristo. En este contexto de obediencia aparece también el término que ahora estudiamos. Escogemos un pasaje en el que se hallan expresas las dos ideas, la de que el superior es vicario de Cristo y la de que está en lugar de la divina Majestad. Casi en el comienzo del capítulo primero de la séptima parte de las *Constituciones* leemos: «ahora sean enviados por orden del Vicario Sumo de Cristo nuestro Señor por unos lugares y otros, ahora por los superiores de la Compañía, que asimismo les están en lugar de su divina Majestad»⁵⁴.

Más directamente aún se refiere a Cristo la denominación que analizamos en la ya mencionada carta «de la perfección»: «quiso su Majestad prevenirnos con estos tan inestimables y costosos beneficios, deshaciéndose en un cierto modo su perfectísima felicidad... y tomando todas vuestras miserias... queriendo ser vendido por rescatarnos... tomando muerte de tanta ignominia...»⁵⁵.

Relacionados con la Eucaristía encontramos textos muy elocuentes. En carta a los habitantes de Azpeitia les exhorta al culto eucarístico: «con mucho afecto os empleéis en mucho honrar... a su unigénito Hijo Cristo nuestro Señor en esta obra tan grande del santísimo Sacramento, donde su divina Majestad, según divinidad y según humanidad, está tan grande y tan entero y tan poderoso y tan infinito como está en el cielo»⁵⁶.

A San Francisco de Borja le exhorta: «Mucho deseo en el Señor nuestro, que me ha de juzgar para siempre, que... se emplease en ganar muchos condiscípulos... para llevarlos por la vía más segura y más derecha a la su divina Majestad»⁵⁷. Sin duda que este último apelativo se refiere al Señor «que me ha de juzgar», o sea a Cristo. Pero aún añade expresamente a continuación: «Y como la tal vía sea el mismo Cristo nuestro Señor... doy muchas gracias a la su divina bondad, porque Vuestra Señoría... lo frecuenta en recibirle»⁵⁸. Al decir San Ignacio «el mismo Cristo», muestra que era a quien tenía presente al hablar de «su divina Majestad».

Otros pasajes aluden al juicio, y con ello a Cristo. A los señores de Loyola dice el santo: «Bienaventurados aquellos que en esta vida se aparejan para ser juzgados y salvos por la su divina Majestad...»⁵⁹. «Es verdad», escribe a Juan III de Portugal, «que el Señor que me crió y ha de juzgar para siempre me es testigo... con deseo que mucho más adelante pasara, a mayor gloria de su divina Majestad»⁶⁰.

⁵⁴ MHSI, *Const.* 2, 560; IPARRAGUIRRE 506.

⁵⁵ MHSI, *Ep.* 1, 502; IPARRAGUIRRE 725.

⁵⁶ MHSI, *Ep.* 1, 164; IPARRAGUIRRE 676.

⁵⁷ MHSI, *Ep.* 1, 341; IPARRAGUIRRE 704.

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ MHSI, *Ep.* 1, 146; IPARRAGUIRRE 670.

⁶⁰ MHSI, *Ep.* 1, 297; IPARRAGUIRRE 701s.

La denominación de «Sabiduría eterna» nos parecería natural que designara a Cristo, ya que es éste uno de los apelativos que se «apropian» a la segunda persona de la Santísima Trinidad. En efecto, así es. Hablando del juramento para la elección de general propone esta fórmula: «Testem invoco cum omni reverentia Iesum Christum, qui Sapientia est aeterna»⁶¹. Lamentándose de la triste situación religiosa de su tiempo, le apena especialmente el ver «la doctrina de Cristo, eterna Sapiencia, desechada»⁶².

Afin a esta denominación es la de «Suma Verdad», que nos sale al paso en unos *Avisos* escritos por San Ignacio antes de componer las *Constituciones*: «porque dice la suma Verdad: In hoc cognoscent vos meos esse, etc.»⁶³.

Los términos «Bondad infinita», «Misericordia infinita», «su santísima voluntad» se emplean con Jesucristo, mas para no recargar este trabajo indicaremos sólo algunos pasajes en los que aparecen como despedida en las cartas. Con esto mostramos otro aspecto interesante, y es el de que la fórmula tan corriente de despedida «que su santísima voluntad siempre sintamos y aquella enteramente la cumplamos» se dice expresamente no pocas veces de Cristo.

Del año 1532 data la carta a su hermano Martín García de Oñaz, que termina: «me mandaréis mucho encomendar in Domino, qui nos est iudicaturus. A quien quedo rogando por su infinita y suma bondad nos dé gracia para que su santísima voluntad sintamos y aquella enteramente la cumplamos»⁶⁴. La carta a Jaime Cassador: «Su divina bondad lo quiera ordenar, y no permita que el enemigo de natura humana tanta victoria reciba contra aquellas, que con la su preciosísima sangre las ha tan caramente comprado y en todo rescatado. A quien ceso rogando, por la su bondad infinita, nos dé gracia cumplida para que su santísima voluntad sintamos y aquella enteramente la cumplamos»⁶⁵. Notemos que la denominación del comienzo citado «su divina bondad» no es, como otras muchas veces, un ablativo referido a Cristo, sino que es el nominativo y equivale enteramente a Jesucristo.

La carta a Ascanio Colonna tiene este devotísimo final: «... la ánima... pone su nido en alto, y todo su deseo en no desear otro que Cristo, y aquel crucifixo, porque en esta vida crucificado, a la otra suba resucitado. A quien ceso rogando, y en todo suplicando por la su infinita y suma bondad, nos quiera dar su gracia cumpli-

⁶¹ *Constituciones* p. 8 c. 6 n. 6, F: MHSI, *Const.* 2, 646; IPARRAGUIRRE 535.

⁶² *Carta de la perfección* 4: MHSI, *Ep.* 1, 503; IPARRAGUIRRE 725. Seguimos a Iparraguirre.

⁶³ MHSI, *Reg.* 142; IPARRAGUIRRE 576.

⁶⁴ MHSI, *Ep.* 1, 82; IPARRAGUIRRE 650.

⁶⁵ MHSI, *Ep.* 1, 99; IPARRAGUIRRE 658.

da para que su santísima voluntad sintamos, y aquella eternamente la cumplamos»⁶⁶. Al P. Diego Mirón: «Dénos a todos gracia Jesucristo, Dios y Señor nuestro, de conocer siempre su santísima voluntad, y aquella enteramente cumplir»⁶⁷. Parecidísimo es el final de la carta al P. Carneiro⁶⁸.

Un mes antes de su muerte terminaba así San Ignacio una carta al P. Marín: «Dénos a todos su gracia Cristo nuestro Señor para sentir siempre y cumplir su santísima voluntad»⁶⁹. Es también muy notable el final de la carta a Juan de Vega, virrey de Sicilia, donde vuelve a aparecer la expresión «por su infinita y suma bondad»⁷⁰.

Existe algún caso en que se refiere el santo en estos finales de carta a la santísima Trinidad: «Ceso rogando a la santísima Trinidad por la su infinita y suma bondad nos dé gracia cumplida, para que su santísima voluntad sintamos, y aquella enteramente la cumplamos»⁷¹. Es ésta una carta muy importante sobre discrección de espíritus dirigida a Sor Teresa Rajadell.

Nos ha sorprendido que, sin mencionar expresamente a Cristo, piensa en él bajo el término de «Dios Altísimo». Es un documento en el que participa la concesión del jubileo al ejército español en África: «... cuanto vierais más larga la liberalidad del Dios Altísimo y de su esposa la Iglesia»⁷². La Iglesia es, como repite el santo de varios modos ya en los *Ejercicios*, «la vera esposa de Cristo nuestro Señor»⁷³.

Otra denominación divina es la de «Principio de todos los bienes». Englobamos en este epígrafe varias ideas que, diversamente expresadas, coinciden en atribuir a Dios las gracias y dones. Veremos cómo es *ordinario* el que San Ignacio piense en Jesucristo cuando apunta esas ideas.

Era Sor Teresa Rajadell tentada de falsa humildad. San Ignacio la escribe: «Porque después que narráis algunas flaquezas y temores que hacen al propósito, decís: soy una pobre religiosa, paréceme deseosa de servir a Cristo nuestro Señor, que aun no osáis decir: soy deseosa de servir a Cristo nuestro Señor o el Señor me da deseos de servirle»⁷⁴. Pues de este Señor, Cristo, había dicho San Ignacio al comienzo de la carta: «Los días pasados, recibida vuestra letra, con ella me gocé mucho en el Señor a quien servís, y deseáis

⁶⁶ MHSI, *Ep.* 1, 255; IPARRAGUIRRE 693s.

⁶⁷ MHSI, *Ep.* 4, 559; IPARRAGUIRRE 827.

⁶⁸ MHSI, *Ep.* 8, 490; IPARRAGUIRRE 919.

⁶⁹ MHSI, *Ep.* 12, 31; IPARRAGUIRRE 950.

⁷⁰ MHSI, *Ep.* 3, 64; IPARRAGUIRRE 774.

⁷¹ MHSI, *Ep.* 1, 107; IPARRAGUIRRE 663s.

⁷² MHSI, *Ep.* 3, 114; IPARRAGUIRRE 778.

⁷³ *Ejercicios* 353.365; MHSI 550. 556.

⁷⁴ MHSI, *Ep.* 1, 102; IPARRAGUIRRE 660.

más servir, a quien debemos atribuir todo lo bueno que en las criaturas parece»⁷⁵.

A San Francisco de Borja le enunciaba el conocido principio ignaciano: «... sintiendo una cosa (si los que más entienden, otra cosa mejor no sienten), que hay pocos en esta vida, y más echo, que ninguno, que en todo pueda determinar o juzgar cuánto impide de su parte, y cuánto desayuda a lo que el Señor nuestro quiere en su ánima obrar»⁷⁶. Que «el Señor nuestro», a quien se atribuye aquí toda la obra santificadora, sea Jesucristo, parece claro, si atendemos a que pocas líneas más abajo emplea la misma expresión con un inciso bien significativo: «el Señor nuestro, que me ha de juzgar para siempre»⁷⁷. Toda la carta creemos que es aptísima para ilustrar lo que vamos exponiendo ahora, pero tal vez lo más patente sean las frases recogidas aquí.

Al Cardenal inglés Reginaldo Pole escribe el santo: «Estos días me visitó de parte de V. S. Rdma. uno de sus gentileshombres, con aquella demostración de caridad y benevolencia que siempre hemos conocido muy grande en Vuestra Señoría Rdma. El Autor de ella y de todo otro bien, Cristo nuestro Señor, será la misma remuneración de sus dones en V. S. Rdma.»⁷⁸. Donde ampliamente desarrolla la idea de que Cristo nuestro Señor nos da «los dones espirituales de su gracia» y todos los demás bienes aun en lo natural, es en la varias veces recordada carta «de la perfección»⁷⁹.

Directamente refiere San Ignacio a Cristo los dones espirituales con absoluta claridad. Al P. Bartolomé Hernández le escribía: «Sea Jesucristo Señor nuestro en nuestras ánimas con abundancia de sus dones espirituales. Amén»⁸⁰. En carta a Enrique de la Cueva tiene este pasaje: «Pero yo espero en el que con su ejemplo y palabras tan encarecidamente nos encomendó esta virtud de la humildad, convidándonos especialmente a le imitar en ella, que El os la comunicará, y sobre el fundamento della edificará en vuestra ánima muchos y muy grandes dones espirituales, con los cuales mucho sirváis y glorifiquéis a su divina y suma bondad»⁸¹.

Por su especial importancia notemos que el contexto que acabamos de explicar de la carta a Sor Teresa Rajadell nos muestra cómo San Ignacio refiere inmediatamente a Cristo el dar las consola-

⁷⁵ MHSI, *Ep.* 1, 100; IPARRAGUIRRE 659.

⁷⁶ MHSI, *Ep.* 1, 340; IPARRAGUIRRE 704. En la variante «mejor» por «mayor» seguimos a Iparraguirre.

⁷⁷ *Ibid.* MHSI, 1, 341.

⁷⁸ MHSI, *Ep.* 5, 304; IPARRAGUIRRE 848.

⁷⁹ MHSI, *Ep.* 1, 501s; IPARRAGUIRRE 724s.

⁸⁰ MHSI, *Ep.* 7, 270; IPARRAGUIRRE 878.

⁸¹ MHSI, *Ep.* 10, 224; IPARRAGUIRRE 935.

ciones espirituales⁸², con lo cual adquieren un fondo cristocéntrico las reglas de discernimiento de espíritus de los *Ejercicios*⁸³.

Aunque los textos aducidos a modo de ejemplos sean tan significativos, pudiera parecer que no justifican lo que al principio indicábamos de que era *ordinario* en San Ignacio el referir todos los bienes a Cristo como a su principio. Si alguna duda quedara, recuérdese que el saludo normal del santo al comienzo de sus cartas es con ligeras variantes de expresión el siguiente: «La gracia y amor de Cristo nuestro Señor sea en nosotros», como escribía ya en 1532 a Isabel Roser⁸⁴, o: «La gracia y amor de Cristo nuestro Señor sea siempre en nuestro favor y en nuestra ayuda», según carta de 1536 a Cassador⁸⁵, o en fórmula corriente sobre todo desde 1549 en que escribía al Bto. Avila: «La suma gracia y amor eterno de Cristo nuestro Señor a V. R. salude y visite con sus santísimos dones y gracias espirituales»⁸⁶.

Estrechamente unida con esta idea se halla otra denominación divina que refiere San Ignacio a Jesucristo, y es la de la divina «Providencia». Consolando a Doña Margarita de Austria, la ponía delante el santo cómo el Señor ordena los sufrimientos para aumento de gloria en la otra vida, «donde nos tiene guardado para siempre nuestro sumo y felicísimo bien, sin mezcla de trabajo ni miseria alguna, el que nos lo adquirió con el precio de su sangre y vida. A El plega darnos entretanto mucho conocimiento de la suavísima disposición de su providencia, con que así en los sucesos adversos como en los prósperos nos procura siempre ocasiones de ayudarnos a conseguir nuestra bienaventuranza y felicidad perpetua»⁸⁷. Y al cardenal Pole escribía: «Sea sin fin alabado por todas sus criaturas Jesucristo nuestro Señor, que tan abierto nos ha mostrado el tesoro de su gracia y caridad, y tan suave y potente la disposición de su providencia...»⁸⁸.

En orden a la Compañía aplica así este pensamiento San Ignacio: «Porque la Compañía, que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro; es menester en El solo poner la esperanza de que El haya de conservar y llevar adelante...»⁸⁹.

No tenemos espacio para desentrañar otra serie muy numerosa de textos a este respecto, pero dejemos siquiera constancia de la idea,

⁸² MHSI, *Ep.* 1, 104-106; IPARRAGUIRRE 662s.

⁸³ *Ejercicios* 316s; MHSI 514s.

⁸⁴ MHSI, *Ep.* 1, 83; IPARRAGUIRRE 651.

⁸⁵ MHSI, *Ep.* 1, 93; IPARRAGUIRRE 655.

⁸⁶ MHSI, *Ep.* 2, 317; IPARRAGUIRRE 757.

⁸⁷ MHSI, *Ep.* 5, 699s; IPARRAGUIRRE 852.

⁸⁸ MHSI, *Ep.* 8, 309; IPARRAGUIRRE 895s.

⁸⁹ *Constituciones* p. 10, 1.º: MHSI, *Const.* 2, 714; IPARRAGUIRRE 557.

que aparece con singular relieve en los pasajes en que expone San Ignacio la obediencia. Se ha de obedecer para dejarse así regir de la divina Providencia por medio del superior, que gobierna en lugar de Cristo nuestro Señor. En último término es reconocer el gran principio de que Jesucristo gobierna todo con su Providencia, y que lo importante es que sepamos ser «instrumentos» del Señor, para que el instrumento «se rija bien de su divina mano»⁹⁰.

«A mayor gloria de Dios». Esta fórmula, que ha pasado a ser como divisa de la obra de San Ignacio, tiene también un contenido directamente cristológico. El célebre documento autobiográfico que hemos presentado a propósito del «Dios omnipotente» en los votos emitidos en la basílica de San Pablo por los primeros compañeros tiene este final que encaja perfectamente con el «Criador y Señor» del comienzo y con el tenor del voto, según hemos explicado poco ha: «Después de venidos [de la dicha basílica] facta est continua et magna tranquillitas, con aumento ad laudem Domini nostri Iesu Christi»⁹¹.

Este criterio de la mayor gloria de Jesucristo se propone repetidas veces. Respecto a la forma de renunciar los bienes se han de escoger dos o tres personas y «estar a lo que ellas juzgaren ser más perfecto y a mayor gloria de Cristo nuestro Señor»⁹². Poco después habla del mismo punto refiriéndose a la renuncia de los beneficios eclesiásticos, y emplea la fórmula: «juzgándose por una o dos o tres personas (como arriba se dijo) que sea esto más conveniente y servicio mayor de Dios nuestro Señor»⁹³. Es este un caso típico del contenido cristológico de las denominaciones divinas.

En cuanto a la admisión debe preferirse siempre la caridad universal «como más importante para la gloria y honor de Cristo nuestro Señor»⁹⁴. La norma general para el hijo de la Compañía ha de ser no el temor, sino «el amor y deseo de toda perfección, y de que mayor gloria y alabanza de Cristo nuestro Criador y Señor se siga»⁹⁵. Para todos vale este objetivo, como se expresa el santo a propósito de su salud corporal escribiendo a Sor Teresa Rajadell: «Sea bendito el que con su sangre y vida nos la adquirió eterna en la participación de su reino y gloria, y El dé gracia cómo la temporal disposición, buena o mala, de nuestros cuerpos, y todo lo demás, que El en sus criaturas ha puesto, siempre se emplee en su mayor servicio, alabanza y gloria. Amén»⁹⁶.

⁹⁰ *Constituciones* p. 10, 2.º; MHSI, *Const.* 2, 714; IPARRAGUIRRE 557.

⁹¹ *L. c.*, 12; MHSI, *Fontes narr.* 1, 22; IPARRAGUIRRE 261.

⁹² *Examen* c. 4 n. 3; MHSI, *Const.* 2, 44s; IPARRAGUIRRE 381.

⁹³ *Examen* c. 4 n. 5; MHSI, *Const.* 2, 50; IPARRAGUIRRE 382.

⁹⁴ *Constituciones* p. 1 c. 3 n. 16; MHSI, *Const.* 2, 294; IPARRAGUIRRE 412.

⁹⁵ *Constituciones* p. 6 c. 5; MHSI, *Const.* 2, 558; IPARRAGUIRRE 505.

⁹⁶ MHSI, *Ep.* 1, 628; IPARRAGUIRRE 748.

A los soldados del ejército de Africa en el documento arriba mencionado les decía que estaban ocupados en hacer la guerra a los infieles «por la gloria de Cristo y exaltación de la santa fe»⁹⁷. Al emperador de Etiopía alababa San Ignacio, porque trabajaba «por conservar y llevar adelante la religión y gloria de Cristo nuestro Dios y Señor»⁹⁸, y esperaba que había de venir a los reinos de Etiopía aun prosperidad material, «cuanto será conveniente para mayor servicio y gloria de Cristo nuestro Señor»⁹⁹.

Del «servicio de Cristo» sólo aduciremos tres ejemplos característicos que se refieren a la Compañía. Antes hemos recordado el comienzo de la última parte de las *Constituciones*, donde se dice que es menester poner en «Cristo Dios y Señor nuestro» la esperanza de que El ha de llevar adelante «lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas»¹⁰⁰. Sobre la fortaleza de ánimo del Prepósito general escribe San Ignacio que ha de ser tal que esté muy preparado, si fuera preciso, para recibir la muerte «por el bien de la Compañía en servicio de Jesucristo Dios y Señor nuestro»¹⁰¹. A propósito de la vocación de un joven a la Compañía escribe al padre de éste: «... y en fin, no se maraville que el hijo prefiera el servicio y beneplácito de Cristo al de esa o cualquier otra criatura»¹⁰².

Es muy de San Ignacio hablar de «el nombre de Dios». A veces se refiere a la Santísima Trinidad, como en el pasaje del *Diario espiritual*: «y todas estas visitaciones terminándose al nombre y esencia de la Santísima Trinidad»¹⁰³; otras veces a cada una de las divinas Personas, como en otro texto del mismo documento: «y así después todas las visitaciones espirituales venían en representármeme acatamiento, no solamente a las personas divinas en nombrarlas o en acordarme de ellas...»¹⁰⁴.

En particular designa esta expresión al Padre, por ejemplo al comienzo de la carta al Negus de Etiopía: «... con el gran celo que le ha dado Dios nuestro Criador y Señor de la gloria de su santo nombre, y de la salvación de las ánimas, redimidas con el precioso sangre y vida de su unigénito Hijo»¹⁰⁵.

Pero designa a veces manifiestamente a Cristo, de modo particular al hablar de la glorificación de este santo nombre. Al Cardenal Pole hablaba el santo de la conversión de Inglaterra, «donde en otros tiem-

⁹⁷ MHSI, Ep. 3, 113; IPARRAGUIRRE 778.

⁹⁸ MHSI, Ep. 8, 461; IPARRAGUIRRE 902.

⁹⁹ MHSI, Ep. 8, 465; IPARRAGUIRRE 906.

¹⁰⁰ MHSI, Const. 2, 714; IPARRAGUIRRE 557.

¹⁰¹ *Constituciones*, p. 9 c. 2 n. 5; MHSI, Const. 2, 664; IPARRAGUIRRE 540.

¹⁰² MHSI, Ep. 5, 419; IPARRAGUIRRE 850.

¹⁰³ MHSI, Const. 1, 115; IPARRAGUIRRE 307.

¹⁰⁴ MHSI, Const. 1, 127s; IPARRAGUIRRE 317.

¹⁰⁵ MHSI, Ep. 8, 460; IPARRAGUIRRE 902.

pos tanto ha sido exaltado y glorificado el nombre de Cristo nuestro Señor»¹⁰⁶. Se refería San Ignacio en carta al P. Melchor Nuñez a la noticia aún no confirmada de la muerte de Javier, y expresa así la que podemos llamar síntesis ignaciana de la misión del gran Apóstol de Oriente: «Como quiera que sea, nos persuadimos que será glorificado el nombre de Cristo nuestro Señor en vida o en muerte de él, y que desde la tierra o desde el cielo nos ayudará su caridad para las obras del divino servicio»¹⁰⁷.

Al P. Prior de la Cartuja de Colonia agradece una limosna, y tiene estas frases que compendian muchas de las ideas expuestas hasta aquí: «Bendito sea el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que de tantas maneras mira por esta mínima Compañía; y del mismo modo que aumenta de día en día el número y el fruto espiritual, así se digna dar las demás cosas por añadidura a los que buscan el reino de Dios»¹⁰⁸.

Por contraste con la glorificación del nombre de Dios hemos de añadir la idea de cómo es blasfemado tan santo nombre en el infierno. En su *Diario espiritual* anotaba San Ignacio: «Viniéndome en pensamiento, y si Dios me pusiese en el infierno, se me representaban dos partes: la una, la pena que padecería allí; la otra, cómo su nombre se blasfemaba allí; cerca la primera no podía sentir ni ver pena, y así me parecía y se me representaba serme más molesto en oír blasfemar su santísimo nombre»¹⁰⁹. Y a la vez conocidísimo es el texto de la meditación del infierno: «El segundo, oír con las orejas... blasfemias contra Cristo nuestro Señor y contra todos sus santos»¹¹⁰.

El título de «Padre de las misericordias» parece que no puede negarse que ha sido referido a Jesucristo por San Ignacio. Consolando el santo a Doña Violante por la muerte de su hijo, había escrito: «Y espero en Aquel que es verdadera salud y vida nuestra... para la cual [vida perpetua] nos ha creado y reparado con el precio de su sangre, y a la cual deben ordenarse todos los deseos de nuestro bien y del ajeno»¹¹¹; y sin solución de continuidad añade: «Espero también que aquel mismo Padre de misericordias y Dios de toda consolación...»¹¹². Además de la continuidad y del apelativo «el mismo», las ideas que allí añade confirman que el santo continúa pensando en Jesucristo.

La carta mencionada al Cardenal Pole contiene el mismo título de «Padre de las misericordias y Dios de toda consolación», y en el con-

¹⁰⁶ MHSI, *Ep.* 5, 304; IPARRAGUIRRE 848.

¹⁰⁷ MHSI, *Ep.* 8, 481s; IPARRAGUIRRE 917.

¹⁰⁸ MHSI, *Ep.* 8, 583; IPARRAGUIRRE 923. Hay varias diferencias accidentales en la versión de Iparraguirre.

¹⁰⁹ MHSI, *Const.* 1, 120; IPARRAGUIRRE 311.

¹¹⁰ *Ejercicios* 67; MHSI, 294.296.

¹¹¹ MHSI, *Ep.* 8, 183; IPARRAGUIRRE 893.

¹¹² *Ibid.*

texto no dudamos que se refiera a aquel de quien allí dice San Ignacio: «Sea sin fin alabado por todas sus criaturas Jesucristo nuestro Señor»¹¹³, a quien expresamente atribuye el santo «la disposición de su providencia» en este asunto de Inglaterra. Igualmente nos mueve el contexto a decir que «la sapiencia de tan benigno padre nuestro» en la carta a la viuda de Boquet¹¹⁴ se ha de aplicar a Jesucristo.

Ocioso sería querer aducir textos en los que apareciese que para San Ignacio los términos «Dios», «Señor», «Dios y Señor nuestro» estaban muy frecuentemente cargados de contenido directamente cristológico.

Conclusión.—Jesucristo, el Verbo hecho hombre, lo llena todo para San Ignacio. Las páginas precedentes, que en modo alguno tratan de presentar toda la materia, nos autorizan a afirmar no sólo que las denominaciones divinas que hemos ido estudiando tienen a veces y aun frecuentemente sentido cristológico, sino que bajo tales denominaciones está entendiendo el santo en sus escritos *de ordinario* a Cristo.

Sencillamente es consecuente San Ignacio con su fe cristiana y con las experiencias místicas vividas por él de que Jesús es *el mediador* ante Dios, es el camino para el Padre y para toda la Santísima Trinidad, a la vez que él mismo es *Dios* y la segunda persona de esa Trinidad augusta.

Casi al azar elegimos un texto del *Diario espiritual*: «Después asimismo sentir a Jesús haciendo el mismo oficio en el pensar de orar al Padre, pareciéndome y sintiendo dentro que él hacía todo delante del Padre y de la Santísima Trinidad»¹¹⁵. Y a la vez es típico en San Ignacio el representársele la circuninsesión de las tres Personas: «en cuanto se me representaban las otras personas en El [en el Padre], de modo que mediate vel immediate todo se convertía en la Santísima Trinidad»¹¹⁶.

El predominio tan fuerte que tiene Jesucristo en el pensamiento ignaciano bajo estas denominaciones divinas prueba de modo insospechado hasta qué punto era cristocéntrica la espiritualidad del santo, sin dejar por ello de ser una espiritualidad tan acusadamente trinitaria. Nos satisface por completo la fórmula de que San Ignacio «estaba con Jesús para servir en él y con él a la Santísima Trinidad»¹¹⁷.

JESÚS SOLANO, S. I.

Facultad Teológica de Oña (Burgos)

¹¹³ MHSI, Ep. 8, 308s; IPARRAGUIRRE 895.

¹¹⁴ MHSI, Ep. 7, 410; IPARRAGUIRRE 887.

¹¹⁵ *Diario espiritual* 26; MHSI, Const. 1, 108; IPARRAGUIRRE 302.

¹¹⁶ *Diario espiritual* 31; MHSI, Const. 1, 113; IPARRAGUIRRE 305.

¹¹⁷ Cf. J. DE GUIBERT, S. I., *La Spiritualité de la Compagnie de Jésus*. Esquisse historique (Roma 1953) 591.